

pondo de todo. En él estoy como en mi casa; con frecuencia se monta en cólera, pero conozco en él todas las alturas del agua y todas las cualidades del fondo; es un vaso delante de San Cipriano, un monton de conchas delante de Cizarque, arena en el cabo Penas, guijarros en Boucant de Minrizan, y sé hasta el color de todos los guijarros.

El patron calló; el doctor no le escuchaba, teniendo siempre fija la mirada en el Noroeste: su rostro glacial expresaba algo extraordinario, pintándose en él todo el sobresalto posible en una máscara de piedra. Su boca dejó escapar esta palabra:

—Sea!

Sus pupilas tomaron la forma de las del buho y se dilataron de estupor examinando un punto del espacio.

—Es justo, dijo. En cuanto á mí, consiento.

El patron le miraba. El doctor repitió, hablando consigo mismo, ó hablando con alguno dentro del abismo:

—Te digo que sí.

Calló, cada vez más fijos los ojos, redoblando la atencion sobre lo que veia, y repuso:

—Viene de lejos, pero viene.

El segmento del espacio, en el que se hundian el rayo visual y el pensamiento del doctor, como estaba opuesto al Poniente, lo alumbraba aun la vasta reverberacion crepuscular casi como si fuese de dia. Este segmento, muy circunscrito y rodeado de trozos de vapor gris, era azul, pero azul casi plumizo.

El doctor, vuelto hácia el mar y sin mirar al patron, le designó con el indice ese segmento aéreo, diciéndole:

—Patron, lo ves?

—El qué?

—Aquello.

—Dónde?

—Allá bajo.

—Un pedazo azul, sí.

—Aquello qué es?

—Un ángulo del cielo.

—Para los que allí van, sí; pero para los que van á otra parte, no.

Diciendo esto, el doctor subrayó las palabras de este enigma con una espantosa mirada, que se perdió en la oscuridad.

Hubo un instante de silencio.

El patron se puso en guardia, pensando en la doble calificacion que dió el jefe de la partida al viejo calvo. ¿Es un loco, es un sábio? se preguntó á sí mismo.

El indice huesoso y rígido del doctor

permaneció dirigido hácia el indicado segmento del horizonte. El patron lo examinó.

—En efecto, repuso, eso no es cielo, es una nube.

—La nube azul es peor que la nube negra, dijo; es la nube de la nieve.

—La nube de la nieve? preguntó el patron, como queriendo comprender.

—Sabes lo que es la nube de la nieve?

—No.

—Pues lo sabrás en seguida.

El patron volvió á contemplar el horizonte y á observar la nube, diciendo casi entre dientes:

—Un mes de borrasca, un mes de lluvia. Enero que tose y Febrero que llora; hé aquí nuestro invierno en Astúrias. Nuestra lluvia es caliente; solo tenemos nieve en las montañas. Pero debemos guardarnos de la avalancha, porque la avalancha nada respeta; es una bestia.

—Y la tromba, le contestó el doctor, es un mónstruo, y ese mónstruo es el que viene. Muchos vientos trabajan á la vez para conseguirlo; un gran viento del Oeste y otro muy lento del Este.

—Este doctor es un hipócrita, dijo para sí el patron.

La nube azul iba creciendo entre tanto.

—Si la nieve es temible cuando desciende de la montaña, juzga tú lo que será cuando caiga del Polo.

El ojo del viejo estaba vidrioso; parecia que la nube crecia en su semblante al mismo tiempo que en el horizonte.

—Todos los minutos traen la hora y cumplen la voluntad de arriba.

El patron volvió á interrogarse á sí mismo:

—Estará loco?

—Patron, le dijo el doctor, ¿has viajado mucho por el Canal de la Mancha?

—Hoy viajo por primera vez, le respondió.

El doctor, absorbido por la nube azul y que, como la esponja, solo tiene una capacidad de agua, solo tenia una capacidad de ansiedad, se inmutó ligeramente, alzando los hombros, al oír la respuesta del patron.

—Cómo es eso?

—Señor doctor, hago habitualmente el viaje á Irlanda. Voy desde Fuenterrabía á Black-Harbour ó á la isla Akill. Voy algunas veces á Brachipult, que es un extremo del pais de Gales. Sé navegar por allí; pero no conozco este mar.

—Pues eso es muy grave. ¡Desgracia! do el que solo sabe deletrear el Océano!

El Canal de la mancha es un mar que es preciso saber leer correctamente. La Mancha es una Esfinge: desconfia de su fondo.

—Estamos ahora á veinticinco brazas.

—Pues es preciso que estemos á cincuenta y cinco, que están en el Poniente, y evitar las veinticinco, que están al Levante.

—En el camino sondearemos.

—El Canal de la Mancha no es un mar como los otros. La marea sube en él hasta cincuenta piés en las Malinas y á veinticinco piés en las aguas muertas. Su flujo y reflujo no es como el de los otros mares. Ya veo que estás desconcertado.

—Esta noche sondearemos.

—Para sondear es preciso pararse, y tú no podrás parar el buque.

—Por qué?

—Porque te lo impedirá el viento.

—Probaremos.

—La borrasca no dá tiempo para nada.

—Sondearemos, señor doctor.

—Sé más modesto, que muy pronto nos vá á azotar el viento.

—Os digo que probaré á sondear.

—El choque del agua impedirá que el plomo descienda, ó lo desviará de la perpendicular. Es una desgracia que navegues por aquí la primera vez.

—Sí; es la primera vez.

—Pues entonces, patron, escucha.

El acento con que pronunció la palabra *escucha* era tan imperativo, que el patron se inclinó.

—Señor doctor, ya escucho.

—Amura á babor.

—Qué quereis decir?

—Pon la proa al Oeste.

—Caramba!

—Pon la proa al Oeste.

—No es posible.

—Como quieras. Te lo digo por los demás: en cuanto á mí, yo lo acepto todo.

—Pero, señor doctor, ir hácia el Oeste...

—Sí, patron.

—¡Pero, señor doctor, eso es tener el viento contrario!

—Sí, patron.

—Eso sería tener un vaiven diabólico!

—Sí, patron.

—Quizás se rompa el mástil!

—Quizás.

—¡Y quereis que se navegue hácia el Oeste!

—Sí.

—No puedo.

—En ese caso, lucha con el mar como puedas.

—Seria preciso que el viento cambiase.

—No cambiará en toda la noche.

—Por qué?

—Es un soplo largo de mil doscientas leguas.

—Es imposible ir contra el viento.

—Pon la proa al Oeste, te repito.

—Probaré; pero nos desviaremos.

—Ese es el peligro.

—El viento nos lanza al Este.

—No vayas al Este.

—Por qué?

—Patron, ¿sabes cómo se llama hoy para nosotros la muerte?

—No.

—Pues la muerte se llama el Este.

—Navegaré hácia el Oeste.

El doctor miró al patron con la mirada fija que parece que se apoya para hundir un pensamiento en el cerebro de otro. Vuelto de frente al patron, pronunció lentamente estas palabras:

—Si esta noche, cuando estemos en medio del mar, oímos el són de una campana, el navío estará perdido.

El patron le miró estupefacto.

—Qué quereis decir?

El doctor no respondió; su mirada volvió á adquirir la impassibilidad habitual. Pareció que se apercibia del asombro del patron y solo atendia ya á lo que oia dentro de sí mismo. Sus labios articularon estas palabras en voz baja:

—Ha llegado el momento en que se lavan las almas negras.

El patron hizo la mueca expresiva que aproxima á la nariz la parte baja del rostro, y murmuró:

—Es más loco que sábio.

Diciendo esto se separó de él; sin embargo, puso la proa hácia el Oeste.

Pero el viento soplaba más fuerte y el mar engruesaba.

V.

Hardquanonne.

Toda clase de entumecencias aparecian en la bruma y se hinchaban á la vez en todos los puntos del horizonte, como si muchas bocas invisibles estuviesen ocupadas en hinchar las odres de la tempestad. La forma de las nubes era siniestra.

La nube azul que ocupaba todo el fondo del cielo, tanto al Oeste como al Este, avanzaba contra el viento.

El mar, que momentos antes presen-

taba escamas, ahora era una piel; así es ese dragón. No era ya un cocodrilo, era un boa. Esta piel, plomiza y sucia, era espesa y se rizaba pesadamente. En la superficie, hervideros de olas, aislados, semejantes á pústulas, se redondeaban y luego reventaban; la espuma era una especie de lepra.

En este momento, la urca, que veía aun de lejos el niño abandonado, encendió su fanal.

Un cuarto de hora transcurrió.

El patron buscó al doctor y ya no estaba sobre el puente.

Tan pronto como el patron le dejó, el doctor se fué á la cala del buque; allí se sentó cerca del hornillo en un tamborete; sacó del bolsillo un tintero de chagrín y una cartera de cordobán, un pergamino plegado en cuatro dobles, viejo, amarillento y sucio; lo desplegó, tomó una pluma del estuche del tintero, puso la cartera sobre la rodilla y el pergamino sobre la cartera, y en la parte de delante del pergamino, á la luz de la linterna que alumbraba al cocinero, escribió. Las sacudidas de las olas le incomodaban. El doctor escribía largamente.

Escribiendo se fijó el doctor en la calabaza de aguardiente que el provenzal llevaba á la boca cada vez que añadía un pimiento al puchero, como si la consultase la manera de condimentar.

El doctor se fijó en esta calabaza, no porque servía de botella de aguardiente, sino á causa de un nombre que estaba tejido en su forro de mimbres blancos con juncos rojos. Había bastante luz en la cala para poder leerlo. El doctor lo deletreó á media voz:

—Hardquanonne.

Después, dirigiéndose al cocinero, le preguntó:

—No me había fijado aun en esa calabaza. ¿Es que perteneció á Hardquanonne?

—Sí; perteneció á nuestro pobre camarada Hardquanonne, contestó el cocinero.

El doctor prosiguió:

—A Hardquanonne el flamenco?

—Sí.

—El que está preso?

—Sí.

—En la torre de Chatham?

—Sí; esta es su calabaza, respondió el cocinero; era muy amigo mío y la guardo como recuerdo. ¿Cuándo le volveremos á ver?

El doctor volvió á tomar la pluma y

continuó trazando penosamente líneas tortuosas en el pergamino; sin duda alguna tenía gran cuidado de que fueran legibles. A pesar del estremecimiento del buque y del temblor de la edad, acabó de escribir lo que quería.

Era tiempo, porque de repente sobrevino un golpe de mar. Una avenida impetuosa de olas asaltó á la urca, la que se sintió acometida de la espantosa danza que hace bailar á los navíos la tempestad.

El doctor se levantó, se aproximó al hornillo, guardando hábilmente el equilibrio; secó, como pudo, con el fuego de la marmita las líneas que acababa de escribir, dobló el pergamino y lo metió en la cartera, y puso el tintero y la cartera en el bolsillo.

El hornillo no era la pieza menos ingeniosa del menaje interior de la urca. Estaba muy aislado y no obstante la marmita oscilaba; el provenzal la vigilaba.

—Sopa de pescado, dijo.

—Para los peces, respondió el doctor.

Después se volvió á situar sobre el puente.

VI.

Se creen salvados.

Al través de su creciente preocupación, el doctor pasó revista á la situación, y cualquiera que estuviese á su lado hubiera podido oír que decía:

—Demasiado balanceo y poco cabeceo.

El doctor, fijo en el trabajo oscuro de su espíritu, redescendió en su pensamiento como un minero dentro de un pozo.

Iba á empezar el sombrío suplicio de las aguas, eternamente atormentadas. Un lamento se escapaba de la inmensidad líquida. Aprestos confusamente lúgubres se hacían en el espacio. El doctor examinaba todo cuanto tenía á su vista y no perdía ningún detalle, pero no estaba sumido en la contemplación. No se contempla el infierno.

Vasta conmoción, aun semi-latente, pero visible ya en la turbación de las extensiones, acentuaban y agravaban más cada vez el viento, los vapores y las olas. Nada es tan lógico y nada parece tan absurdo como el Océano. Esa dispersión de sí mismo es inherente á su soberanía y es uno de los elementos de su extensión. La ola es sin cesar el pró y el contra; solo se ata para desatarse: uno de los lados

ataca y el otro se libra. No hay vista como la de las olas. ¿Cómo pintar sus huecos y relieves alternativos, sus valles y sus bosquejos? ¿Cómo expresar esas soñadas malezas de espuma, esa imitación de las montañas? En él todo es indescriptible.

El viento acababa de declararse del Norte: su violencia fué tan favorable y tan útil para alejarse de Inglaterra, que el patron de la *Matutina* se decidió á desplegar todas las velas. La urca se escapaba entre la espuma como al galope á toda vela, con viento en popa, saltando de ola en ola, con rabia y con alegría. Encantados los fugitivos, estaban contentos. Aplaudían á las olas, á los vientos, á la velocidad, á la fuga y al porvenir ignorado. El doctor parecía no fijarse en ellos y estaba meditabundo.

Había ya anochecido.

Entonces fué cuando el niño abandonado perdió de vista la urca desde el monte peñascoso. Hasta aquel instante su mirada permaneció fija y como apoyada en el navío. ¿Qué parte tuvo esa mirada en su destino? En el momento en que la distancia borró la urca y no pudo verla el niño, éste se fué hácia el Norte, mientras que el navío iba hácia el Sur.

A todos los ocultó la noche.

VII.

Horror sagrado.

Poco á poco, y con verdadera alegría, los fugitivos embarcados en la urca vieron quedarse detrás de ellos y desaparecer de su vista la tierra que les era hostil. Poco á poco el Océano hacia que se perdiesen en el crepúsculo Portland, Purbek, Tineham, Kimeridge, los dos Matravers, las inmensas extensiones de la montaña peñascosa y brumosa y la costa, sembrada de faros. La Inglaterra se borró de su vista, y los fugitivos solo vieron ya el mar á su alrededor.

Pero la noche se presentó terrible. De repente se confundió el mar y el espacio; el cielo se ennegreció, cerrándose sobre el navío, y empezó el lento descenso de la nieve. Cayeron algunos copos: hubiérase dicho que eran almas; y ya nada fué visible en el campo de las carreras del viento. Por la profunda oscuridad, que todo lo enluta, empieza en nuestros climas la tromba polar. Inmensa nube turbia, semejante á la parte de bajo de una hidra, pesaba sobre el Océano, y por algunas partes el vientre lí-

vido se adhería á las olas. Algunas de estas adherencias se parecían á bolsillos agujereados, que se hinchaban sobre el mar, vaciándose de vapor y llenándose de agua; estas succiones levantaban aquí y allá, sobre las olas, conos de espuma.

La tormenta boreal se precipitó sobre la urca, se echó sobre ella. La ráfaga y el navío se pusieron frente á frente uno del otro, como para insultarse.

En el primer abordaje forzado, ni se rompió una vela, ni se llevó un foque, ni tomó un rizo. El mástil crugió y se plegó hácia atrás, como espantado.

Los ciclones en el hemisferio del Norte dan vueltas de izquierda á derecha, en el mismo sentido que las agujas de un reloj, con un movimiento de traslación que alcanza algunas veces sesenta millas por hora. Aunque la urca estaba de lleno á merced de la violenta fúria giratoria, se mantenía como si hubiese estado dentro del semicírculo manejable, sin más precaución que la de tenerse derecha sobre la ola y de presentar la proa al viento anterior, recibiendo el viento actual á estribor, con la idea de evitar los golpes por detrás y de través. Esta semi-prudencia de nada hubiera servido en el caso de un salto de viento de parte á parte.

Profundo rumor soplabá en la región inaccesible; nada es comparable al rugido del abismo, que es la inmensa voz bestial del mundo. Lo que llamamos la materia, ese organismo insondable, esa amalgama de energías inconmensurables, en el que algunas veces se distingue una cantidad imperceptible de intención que hace estremecer; ese cosmos ciego y nocturno, ese pan incomprensible, tiene un grito, grito extraño, prolongado, terco, continuo, que es menor que el de la palabra, pero mayor que el del trueno; este grito es el huracán. Las otras voces, los cantos, las melodías, los clamores, salen de los nidos, de las nidadas, de las parejas de los himeneos; la voz de la tromba, de esa Nada que es el Todo. Aquellas voces expresan el alma del universo; ésta expresa su monstruo, es lo deforme aullando, es lo inarticulado hablado por medio de lo indefinido. ¡Espectáculo patético y aterrador! Esos rumores dialogan por encima y más allá del hombre; se elevan, se abaten, ondu lan, determinan ondas de ruido, dan toda clase de sorpresas feroces al espíritu; ya estallan á nuestros oídos con la importancia del clarín, ya tienen la voz ron-

ca de las lontananzas; murmullo vertiginoso, que se parece al lenguaje y que es un lenguaje en efecto; es el esfuerzo que hace el mundo para hablar, es el tartamudeo del prodigio. En ese gemido se manifiesta confusamente todo lo que tolera, sufre, acepta y rechaza la enorme palpitation tenebrosa. Con frecuencia la arrastra la sinrazon, y se parece á un acceso de enfermedad crónica, y es más epilepsia difundida que fuerza empleada, y creemos asistir á la caída del supremo mal en el infinito. Hay momentos en los que se entrevé una especie de reivindicacion del elemento, no sé qué veleidad de querer repetir el caos en la creacion. Hay momentos en los que parece que el espacio se queja, se lamenta y se justifica, como si pleitease por la causa del mundo; creemos entonces adivinar que el universo es un proceso, que se escucha su lectura, que se trata de asirse de las razones alegadas, de ver el pró y el contra temible; porque hay gemidos en la oscuridad que tienen la tenacidad de un silogismo. Vasta turbación para el pensamiento; en ella está la razon de ser de las mitologías y de los politeismos. Completan el espanto de esos grandes murmullos perfiles sobrehumanos, que tan pronto como se ven se desvanecen; de euménides aéreas, de pechos de furias dibujados en las nubes, de quimeras plutonianas adivinadas; horrorizan sus sollozos, sus risas, su agilidad para producir fracasos, sus preguntas y sus respuestas indescifrables y su llamamiento á auxiliares desconocidos. El hombre ignora lo que vá á sucederle en este encadenamiento espantoso y sucumbe ante ese enigma de entonaciones draconianas. Qué comprende de ellas? Qué significan? A quién amenazan? A quién suplican? Se vé que hay en ellas como un desencadenamiento. Vociferaciones de precipicio á precipicio, del aire al agua, del viento á las olas, de la lluvia á las rocas, del zenit al nadir, de los astros á las espumas. Tal es su tumulto, complicado con no sé qué contienda misteriosa con las malas conciencias.

La locuacidad de la noche no es menos lúgubre que su silencio; se percibe en ella la cólera de lo ignorado. La noche indica una presencia; pero de quién?

Además, es preciso distinguir entre la noche y las tinieblas.

En la noche hay algo absoluto, y éste es múltiple en las tinieblas.

La gramática, que es una lógica en las tinieblas, no admite el singular, porque

la noche es una y las tinieblas son muchas.

La bruma del misterio nocturno es lo esparcido, lo fugaz, lo que cae, lo funesto; no parece ya la tierra, sino otra realidad.

En la sombra infinita é indefinida hay algo, hay algun vivo, pero lo que vive en ella forma parte de nuestra muerte. Despues de nuestro pasaje terrenal, cuando esa sombra sea para nosotros la luz, nos tomará la vida que está más allá de nuestra vida; esperándonos parece que nos tienta. La oscuridad es una presion. La noche es una especie de mano puesta sobre nuestra alma. En ciertas horas horrendas y solemnes, sentimos que lo que está detrás de la pared de la tumba nos usurpa nuestros derechos.

Nunca esta proximidad á lo desconocido es tan palpable como en las tempestades del mar. Lo fantástico engrandece lo horrible.

El interruptor posible de las acciones humanas, la asamblea de nubes, tiene en ella á su disposicion, para amasar el acontecimiento como le parezca, el elemento inconsistente, la incoherencia ilimitada, la fuerza difusa y sin opinion; la tempestad acepta y ejecuta á cada instante no sé qué cambios de voluntad aparentes ó reales. Los poetas en todos los tiempos los han llamado el capricho de las olas, pero no existe semejante capricho.

Las cosas que vemos desconcertadas, que en la naturaleza llamamos *capricho* y en el destino *acaso*, son pedazos de leyes *entrevistas*.

VIII.

Nieve y noche.

Caracteriza á la tempestad de nieve el ser negra. El aspecto habitual de la naturaleza durante las tormentas, que es el mar oscuro y el cielo pálido, se trastorna en la borrasca de nieve, en la que el cielo está negro y blanco el Océano. Por bajo espuma, por arriba tinieblas. El horizonte murado de humo, el zenit cubierto de crespon. La tempestad se parece al interior de una catedral con colgaduras de luto, pero sin luces. El ciclón polar difiere del ciclón tropical, en que éste enciende todas las luces y en que el otro las apaga todas. El mundo se convierte de súbito en la bóveda de una caverna. En dicha noche cae un *poly* de manchas pálidas que

vacilan entre el cielo y el mar; esas manchas, que son copos de nieve, se resbalan, vagan y flotan.

Parecen las lágrimas de un cadáver que volviese á vivir y á adquirir movimiento. Esa siembra cae mezclada con un viento furioso. Negrura desmenuzada en blancuras, lo furioso en la oscuridad, el tumulto de que es capaz el sepulcro, el huracán debajo de un túmulo; eso es la tempestad de nieve. Debajo tiembla el Océano, relleno de formidables y desconocidas profundidades. En el viento polar, que es eléctrico, de los copos se forma en seguida el granizo y el aire se llena de proyectiles. El agua ametrallada chispea. No se oyen truenos; el relámpago de las tormentas boreales es silencioso. Lo que se dice algunas veces del gato, "jura," se puede decir de esta clase de relámpagos. Son la amenaza de una boca entreabierta, extrañamente inexorable. La tempestad de nieve es ciega y muda. Despues que pasa, con frecuencia los navíos quedan ciegos y los marineros mudos.

Es muy difícil salir de semejante abismo.

Se engañará, sin embargo, el que crea que en estas tempestades el naufragio es absolutamente inevitable. Los pescadores daneses de Disco y del Balesin, los perseguidores de ballenas negras; Hearn, yendo hácia el extremo de Behring á reconocer la embocadura del rio de la mina de cobre; Hudson, Mackensie, Vancouver, Ross y Dumont d'Urville, sufrieron en el Polo las más inclementes borrascas de nieve y se salvaron.

En esta especie de tempestad se metió la urca á toda vela y con aire de triunfo. Frenesí contra frenesí. Cuando Montgomery, al escaparse de Rouen, precipitó á todo remo su galera contra la cadena que impedía el paso desde el Sena á la Bouille, tuvo la misma osadía.

La *Matutina* corria. La inclinacion causada por las velas habia momentos que formaba con el mar un espantoso ángulo de quince grados, pero su buena y ventruda quilla se adhería á las olas y resistía á los arranques del huracán. La jaula del fuego iluminaba al buque por la proa. La nube llena de soplos arrastraba su hinchazon sobre el Océano, estrechando y royendo más cada vez el mar alrededor de la urca. No se veía más que nieve. El campo de las olas era reducido y espantoso; solo se distinguian tres ó cuatro colosales.

De vez en cuando un vasto relámpago

TOMO I.

go de color de cobre rojo aparecia detrás de las superposiciones oscuras del horizonte y del zenit. Esa extension roja manifestaba horror á las nubes. Su brusco y rápido abrazo á las profundidades, destacando los primeros planos de nubes y las fugas lejanas del caos celeste, ponía en perspectiva al abismo. Sobre el fondo de fuego del relámpago los copos de nieve eran negros, semejándose á sombrías mariposas revoloteando sobre un horno. Desaparecia el relámpago y todo se cubria de tinieblas.

Pasada la primera explosion de la borrasca, ésta continuó persiguiendo á la urca y empezó á rugir con voz ronca. Estaba en la fase del rugido y en ella disminuye el inminente peligro; su sombrero recitado se parece á un compás de espera que se tomen las misteriosas fuerzas combatientes é indica una especie de alerta en lo desconocido.

La urca continuaba en su veloz carrera. Sus dos velas mayores, sobre todo, desempeñaban funcion espantosa. El cielo y el mar eran de color de tinta, con chorros de baba, que saltaban más altos que el mástil. A cada momento arroyos de agua atravesaban el puente de la urca como un diluvio, y á todas las inflexiones del balance, los escobenes, tanto de estribor como de babor, se convertian en otras tantas bocas abiertas, que vomitaban espuma en el mar.

Las mujeres estaban refugiadas en la cala, pero los hombres permanecian sobre el puente. La nieve se arremolinaba ciegamente; los gargajos de las olas se les juntaban. Todo estaba furioso.

En este momento el jefe de la partida, de pié en la popa, arrogante, satisfecho y con la faz altiva, gritó:

—Ya estamos libres!

—Libres! libres! libres! repitieron con alegría los fugitivos.

—Hurra! gritó el jefe.

—Hurra! aulló toda la partida en medio de la tempestad.

En el momento de extinguirse los ecos de este clamor, una voz fuerte y grave se oyó al otro extremo del navío, que gritaba:

—Silencio!

Todos se volvieron al oír la voz y conocieron que era la del doctor.

La oscuridad era muy densa: el doctor estaba pegado al mástil, y por su delgadez se confundía con él y no le veían.

—Oid, escuchad, dijo.

Callaron todos.

En medio del silencio oyeron distinta-

mente en la oscuridad el sonido de una campana.

IX.

Recelo confiado al mar furioso.

El patron de la urca, que manejaba el timon, se echó á reir.

—Una campana? mejor, dijo. Marchamos á babor. ¿Qué prueba oir esa campana? Que tenemos la tierra á estribor.

—No tenéis la tierra á estribor, contestó el doctor con voz firme y lenta.

—Sí, replicó el patron.

—No.

—El sonido de la campana viene de tierra.

—Ese sonido, contestó el doctor, viene del mar.

Al oir esto se estremecieron aquellos hombres atrevidos. Los dos rostros huraños de las dos mujeres aparecieron en el cuadrado de las escotillas, como dos larvas equívocas. El doctor dió un paso y su larga y negra figura se destacó del mástil. Se oyó sonar la campana en el fondo de la noche. El doctor habló así:

—Hay puesta en medio del mar, á mitad del camino entre Portland y el archipiélago de la Mancha, una boya. Esta boya está amarrada con dos cadenas en el fondo del mar y flota á flor de agua. Sobre esta boya hay fijo un caballete de hierro, y al través del caballete está suspendida una campana. En tiempo de tempestad, al sacudirse el mar, sacude la boya y la campana suena. Esa campana es la que oís.

El doctor dejó pasar un golpe de viento; esperó á que volviese á tocar la campana y prosiguió:

—Oírla en la tempestad, cuando sopla el Noroeste, es estar perdidos. Por qué? Vais á saberlo. Si oís el sonido de esa campana es porque el viento os lo trae; luego el viento viene del Oeste, y los escollos de Aurigny están al Este. Oímos la campana porque estamos entre la boya y los escollos y hácia éstos nos arroja el viento. Estamos á la parte mala de la boya; si estuviésemos á la parte buena, nos encontraríamos con viento en popa, en alta mar, en camino seguro, y no oiríamos la campana, el viento no nos traería su sonido y pasaríamos cerca de la boya sin saberlo. Nos hemos desviado. Esa campana es la del naufragio que toca á rebato. Ahora reflexionad.

La campana, mientras que el doctor

hablaba, apaciguada por un viento menos fuerte, daba lentamente sonido tras sonido, y esta intermitencia parecia que tomaba acta de las palabras del viejo. Hubiérase dicho que era el toque fúnebre del abismo.

Los hombres y las mujeres de la embarcacion escuchaban jadeantes, ya la voz del viejo, ya la voz de la campana.

X.

La tempestad es la gran salvaje.

Entre tanto el patron cogió la bocina y gritó:

—De prisa, marineros! ¡Quitad las escotas, tirad por los cabos las calas, bajad las velas, giremos al Oeste, volvamos á ganar la alta mar! ¡Pongamos la proa hácia la boya, hácia la campana! ¡No hay que desesperar aun!...

—Probad, contestó el doctor afirmando.

Digamos de paso que dicha boya sonora, que era una especie de campanario del mar, se suprimió en 1802. Tres viejísimos navegantes se acuerdan de haberla oido aun. Advertía, pero demasiado tarde.

Obedecieron en seguida el mandato del patron. El hijo del Languedoc trabajó como tercer marinero, y los demás les ayudaron. Se hizo más que encoger las velas, se afianzaron todos los aferravelas, se ataron los apagapenoles, se aseguró el mástil, clavetearon los manteletes de las portañolas, lo que en cierto modo es amurallar el navío. La maniobra, aunque se ejecutó de prisa, fué correcta, pero á medida que la urca se preparaba para lo que dijo el patron, la furia y el desconcerto del aire y del agua la combatian más. La altura de las olas alcanzaba casi la dimension polar.

El huracán, como un verdugo que tiene prisa, se puso á descuartizar al navío. En un abrir y cerrar de ojos acometió á la urca con arranque espantoso. Las gaviotas quedaron á pedazos, los tablones que cubren las escotillas arrasados, los obenques saqueados, el mástil roto, y todo el material arrancado en el desastre voló en astillas. Cedieron los gruesos cables.

La tension magnética, propia de las tempestades de nieve, ayudó á la ruptura del cordaje; sus efluvios rompian las cuerdas tanto como el viento. Diversas cadenas salidas de sus sitios ya no podian maniobrar. Una ola se llevó la brújula con su receptáculo. Otra ola se llevó

la canoa amarrada á la percha del bauprés, y otra la Virgen de proa y la jaula del fuego. Solo quedaba el timon.

Suplieron al fanal perdido con una gruesa granada llena de estopa flamígera y con alquitran encendido, que suspendieron del estrave.

El mástil, partido en dos y erizado de astillas, de cuerdas, de vergas y de garuchas, embarazaba el puente; al caer rompió un pedazo del muro de estribor.

El patron gritaba:

—Mientras podamos manejar el timon no hay que perder la esperanza. Aun se mantiene el buque. ¡Sacad las hachas y arrojad al mar el mástil! Desembarazad el puente.

La tripulacion y los pasajeros sentian la fiebre de las batallas supremas; obedecer al patron fué obra instantánea. Se arrojó el mástil y desembarazaron el puente.

—Ahora, repuso el patron, tomad una driza y amarradme al timon.

Así lo hicieron. Mientras le ataban se reia y gritaba, dirigiéndose al mar:

—Muge, vieja; brama, vieja, que yo he visto peores que tú en el cabo de Machichaco.

Cuando estuvo agarrotado, empuñó el timon con las dos manos con la extraña alegría que dá el peligro.

—Ya está todo bien, camaradas! ¡Viva la Virgen nuestra patrona! ¡Vámonos hácia el Oeste!

Una ola colosal, corriendo de través, llegó y se dejó caer sobre la urca. Hay siempre en las tempestades una especie de ola-tigre, feroz y definitiva, que llega en un instante dado, se arrastra durante algun tiempo sobre el mar; despues salta, ruge y trepa, se desploma sobre el angustiado navío y le desmembra. Un rio de espuma cubrió toda la popa de la *Matutina* y se oyó una dislocacion mezclada de agua y de noche. Cuando la espuma se disipó, cuando reapareció su parte de detrás, no habia ya en ella ni patron ni timon. A ambos habia arrancado la ola. El hombre y la barra á que estaba atado desaparecieron con la espuma.

El jefe de la partida, encarándose con la tempestad, la apostrofó así:

—Te burlas de nosotros?

A ese grito de rebelion sucedió otro grito:

—Arrojemos el áncora! ¡salvemos al patron!

Corrieron al cabrestante y mojaron el áncora, pero esto contribuyó á perderla.

El fondo del mar era de roca viva, el oleaje furioso, y el cable se rompió como si fuese un cabello.

El áncora se perdió en el fondo del mar.

Del tamajar ya solo quedó el ángel mirando con el antejojo.

Desde este momento la urca ya solo fué una cosa perdida.

La *Matutina* estaba irremediamente desamparada. Este navío, hace poco alado, casi terrible en su carrera, era ahora ya impotente. No podia hacer ninguna maniobra completa. Obedecia pasivamente á las furias caprichosas de la flotacion.

El mugido del viento era cada vez más monstruoso en el espacio: la tempestad tiene pulmones espantosos y añade sin cesar lúgubres agravaciones á la noche, que carece de matices. La campana del medio del mar sonaba desesperadamente, como si la sacudiese una mano feroz.

La *Matutina* andaba segun el capricho de las olas; no bogaba ya, sobrenadaba, y parecia que á cada momento iba á volver el vientre á flor de agua como un pez muerto. La salvaba de esta perdicion el que su casco fuese perfectamente sólido: ni una plancha se habia soltado durante su penosa flotacion; no tenia ni hendiduras, ni grietas, y no habia entrado en la cala una sola gota de agua. Afortunadamente, porque una de sus averías alcanzó á la popa y la dejó inútil para el servicio.

La urca danzaba horriblemente en las agonias de las olas. Su puente tenia las convulsiones del diafragma que desea vomitar; parecia como que hacia esfuerzos para arrojar los naufragos. Ellos se cogian con las uñas á las manos de obra dormidas, á los cables, al codaste, á las roturas del cordaje, cuyos clavos les desgarraba las manos, y á todos los miserables relieves que ocasionó el destrozo del buque. De vez en cuando se ponian á oir. El sonido de la campana se iba debilitando; hubiérase dicho que estaba agonizando; su voz era un estertor intermitente, y despues se apagaba.

Dónde se encontraban los naufragos? á qué distancia estaban de la boya? Les espantó el sonido de la campana, pero su silencio les aterrorizaba. El Noroeste les hacia perder el camino, quizás irreparable: eran arrastrados por un viento frenético que acababa de desencadenarse. El resto del navío corria en las tinieblas. Nada tan espantoso como la ve-